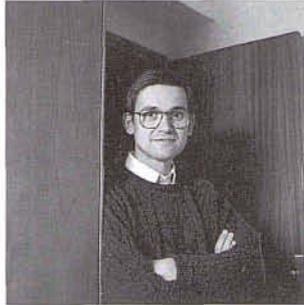


LA POSTMODERNIDAD COMO SÍNTOMA



Toda crisis implica una situación dinámica, un proceso en el que se desarrolla un cambio de *paradigma*. La crisis es un trayecto, el camino recorrido que nos permite adentrarnos en una nueva situación; es también la inminencia de una transformación, de un cambio de orientación. El inicio de toda crisis, así como el principio del cambio, se manifiestan a través de la aparición de *anomalías*, es decir, mediante la comprobación de que las expectativas inducidas por un paradigma han sido violadas. Como dice Baudrillard, las anomalías no son síntomas claros, sino extraños signos de desfallecimiento, de infracción de una *regla de juego* secreta que, una vez transgredida, es irreversible y, en todo caso, nos obliga a buscar nuevas reglas de juego. La fase transitoria de las crisis –es decir, la fase de aparición de anomalías–, es un proceso activo que implica, a la vez, *desorientación e hiperactividad*.

Desorientación porque nos hemos desprendido de la antigua perspectiva vital y todavía no hemos encontrado con qué sustituirla; hiperactividad, porque la falta de rigidez derivada del debilitamiento del viejo paradigma permite la propuesta de nuevas visiones, la elección de modelos nuevos.

A nuestro parecer, la condición postmoderna no es un claro signo del final de una crisis, sino el síntoma fehaciente de que nos hallamos en una etapa de transición. Por lo tanto, la postmodernidad es más la manifestación concreta de un conjunto de anomalías que rechazan el modelo anterior, que la fase de aparición de un nuevo modelo aceptado por una mayoría. Dialécticamente hablando, la fase postmoderna se caracteriza más por su negatividad (rechazo del mundo anterior) que por su actitud positiva, superadora del viejo modelo moderno.

El carácter eminentemente negativo de la condición postmoderna hay que buscarlo en las propias caracterizaciones que de ella se han hecho: doloroso desprendimiento del optimismo racionalista; muerte de la metafísica; incredulidad respecto a los metarrelatos; proceso hacia la razón; deterioro de los modelos clásicos de representación política; negación del sentido; disolución del sujeto y de las cosas; fin de la historia; aparición de la autoconsciencia crítica del capitalismo tardío; juego de simulación; mundo donde todo es absurdo, pero nada resulta chocante; muerte de los ideales; desvanecimiento de lo viejo; pérdida de la ilusión; manifestación de una actitud indiferente; cambio de los códigos éticos y estéticos; rechazo de la ideología del compromiso y de la moral del esfuerzo; nuevo planteamiento de los fundamentos de la modernidad; ocaso de las ideologías; desmoronamiento del orden de aquello que es evidente de por sí... No hay ninguna definición de postmodernidad; su significado está más relacionado con la etapa anterior, niega la aparición de un nuevo período. Y, así, el típico sufijo "post", se aproxima, más todavía, a aquello de lo que se desprende.

Entendida, pues, la postmodernidad como un síntoma anómalo, sus manifestaciones no parecen ser tan originalmente distintas a las de otras crisis anteriores. La postmodernidad es aquella condición que advierte su permanencia en lo inestable, su falta de autoridad, de referencia común. A lo largo de esta inestabilidad se produce un cambio evidente de conductas: se pasa de la identidad coaccionada

a la peculiaridad reservada entre códigos, del yo autónomo (Kant) al yo mínimo (*The minimal self*, C. Lasch), del discurso del sujeto a la preponderancia de los discursos del objeto, de la filosofía dura a la filosofía como eslogan publicitario, de la identidad a la apariencia (moda), del ser al parecer, de las ilusiones en los ideales a la inmediatez de la acción. Es el tiempo de la trivialización, del discurso de las formas, de la ausencia de responsabilidad histórica, de la pérdida de conciencia.

"Invoqué a los espíritus y ya no puedo desprenderme de ellos" dice, en un poema, Goethe. El error de la condición postmoderna radica en querer convertir la anomalía en un nuevo paradigma. Asentados en el caos podemos pensar que el desorden y la confusión son connaturales. Hemos llegado a un punto en el que la instancia que legitimaba cualquier nueva respuesta –la razón–, parece ella misma ilegítima. Asentarse en la falta de sentido, implica que "para llegar a ser, nada puede ser realizado y que el llegar a ser no está regido por una gran unidad en la que el individuo puede perderse enteramente como en un elemento de valor superior" (Nietzsche). No queriendo asumir la prudente desesperanza estoica ni la intensa desesperación existencialista, la condición postmoderna quiere descreer en los metarrelatos, escondiendo una desesperanza falta de tragedia, un aprendizaje estéticamente baldío bajo el disfraz de una superficial y vacía belleza. Secularizados los relatos trascendentes –incluso los de La Razón–, la postmodernidad corre el riesgo de limitarse a sacralizar lo inmanente. Este es el peligro del nuevo sacerdocio estéril.

Si la condición postmoderna se observa como un síntoma, como un fenómeno que afecta al actual modo de saber y que ya no satisface los viejos ideales modernos, lo que reclama, entonces, la postmodernidad es un modelo sustitutivo donde la razón ya no sea el gran ídolo, exigiendo una *reconstrucción crítica* del sujeto, capaz de autotranscender la racionalidad moderna.

Puesto que los síntomas actuales de cambio –la búsqueda y aparición de nuevas formas de sociabilidad, el protagonismo de los microgrupos, el nuevo papel de un sujeto pluralizado, los nuevos valores propuestos por las periferias, los marginados y los grupos minoritarios, la revolución de los indiferentes, la acentuada diversidad de subculturas– son, al fin y al cabo, síntomas proféticos de la aparición de una nueva conciencia histórica que se ha ido gestando durante varias décadas, desde finales del siglo XIX.